

CAPÍTULO III

El gobierno. Luchas en el seno de la Convención.

La guerra

En primer cuidado de la Convención fué, no saber lo que se haría del rey destronado, sino determinar qué partido se aprovecharía de la victoria ganada por el pueblo sobre las Tullerías; quién *governaría* la Revolución. Tal fué el objeto de las luchas que durante ocho meses dificultaron el desarrollo regular de la Revolución, teniendo en suspenso, hasta junio de 1793, las grandes cuestiones territoriales, y otras, y produciendo en el pueblo el agotamiento de su energía, la indiferencia y ese abandono que entristecía a los contemporáneos y que Michelet ha expresado tan perfectamente.

El 10 de agosto, después de haber pronunciado la suspensión del rey, la Legislativa entregó todas las funciones del poder ejecutivo

central a un Consejo compuesto de seis ministros tomados de su seno, la mayoría girondinos, Roland, Servan, Claviere, Monge y Le Brun, y Danton además, a quien la Revolución había elevado al puesto de ministro de Justicia. Ese Consejo no tenía presidente; cada ministro presidía durante una semana por riguroso turno.

La Convención confirmó ese arreglo; pero Danton, que había llegado a ser el alma de la defensa nacional y de la diplomacia, y que ejercía una influencia preponderante en el Consejo, se vió obligado a dimitir por los ataques de la Gironda. Abandonó el ministerio el 9 de octubre de 1792, y fué reemplazado por el insignificante Garat. Después Roland, ministro del Interior, que conservó el cargo hasta enero de 1793 (presentó su dimisión después de la ejecución del rey), se hizo el hombre más influyente del Consejo ejecutivo. En aquel cargo ejerció toda su influencia y permitió a los girondinos, que se agrupaban alrededor de él y de su mujer, desplegar toda su energía para impedir a la Revolución desarrollarse sobre las grandes líneas que le fueron indicadas desde 1789, a saber: establecimiento de la democracia, abolición definitiva del régimen feudal y la inclinación hacia la igualdad de las fortunas. Sin embargo, Danton continuó siendo el inspirador de la diplomacia, y cuando se instituyó el Comité de Salud pública, en abril de 1793, Danton fué el verdadero ministro de Negocios extranjeros de aquel Comité (1).

Llegada al poder y dominando la Convención, la Gironda no supo hacer nada positivo. Como ha dicho muy bien Michelet, la Gironda «peroraba», pero no hacía nada. Careciendo de la audacia de las medidas revolucionarias, no tenía tampoco la de la franca reacción. Por consecuencia, el verdadero poder, la iniciativa, la acción quedaban en manos de Danton para la guerra y la diplomacia, y en las del Municipio, de las secciones, de las sociedades populares y, en parte, del club de los Jacobinos, para las medidas revolucionarias del interior. Impotente para la acción, la Gironda dirigió sus ataques furiosos contra los que obraban, principalmente contra

(1) Aulard, en su *Histoire politique*, segunda edición, págs. 315-317, da un excelente resumen de esos diversos cambios.

«el triunvirato» de Danton, Marat y Robespierre, al que acusó violentamente de tendencias dictatoriales. Hubo días en que pudo pensarse que aquellos ataques alcanzarían el objeto que se proponían sus autores y producían el ostracismo para Danton y el caldoso para Marat.

Sin embargo, como la Revolución no había agotado aún sus fuerzas vivas, aquellos ataques fracasaron y aun produjeron efecto contraproducente, porque apasionaron al pueblo por Marat, sobre todo en los suburbios de San Antonio y San Marceau; aumentaron la influencia de Robespierre ante los jacobinos y la burguesía democrática, y elevaron a Danton en el concepto de los que amaban la Francia republicana combatiendo a los reyes y veían en él al hombre de acción capaz de hacer frente a la invasión, de resistir los complots realistas y de afirmar la República, aun a riesgo de su



DISCUSIÓN VIOLENTA

(De una estampa de la época)

reputación política y de su cabeza. Desde las primeras sesiones de la Convención, su derecha, los girondinos, renovaron la lucha apasionada contra el Municipio de París, que sostuvieron antes en la Legislativa desde el 11 de agosto. A la insurrección preparada y realizada por el Municipio debían el poder, y, no obstante, contra ella se dirigieron con un odio superior al que sentían contra los conspiradores realistas.

Sería molesto referir detalladamente los ataques de la Gironda al Municipio; bastará mencionar algunos.

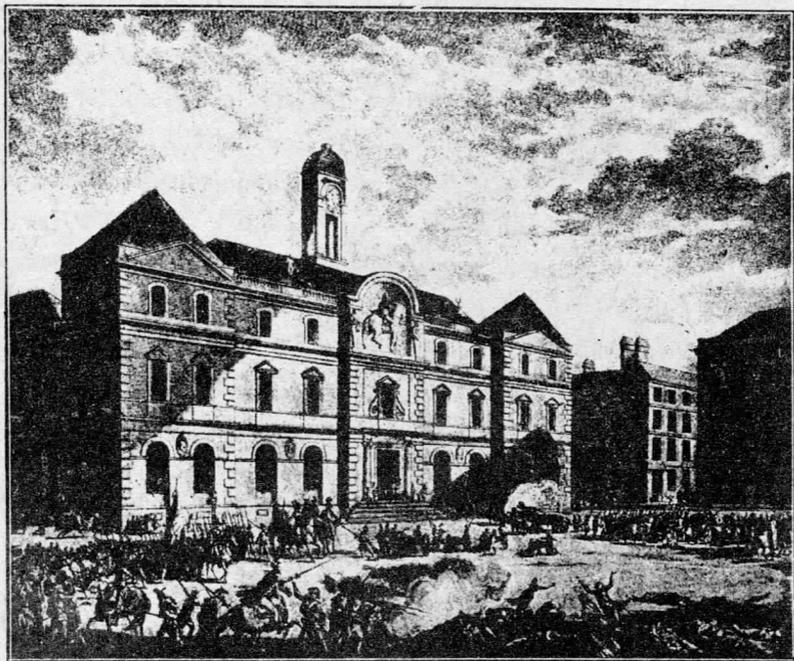
Aparecen en primer lugar las intimaciones a la rendición de cuentas dirigidas al Municipio y a su Comité de vigilancia, lo mismo que a Danton. Es evidente que durante la agitación de los meses de agosto y septiembre de 1792, en las circunstancias extraordinarias creadas por el movimiento del 10 de agosto y la invasión extranjera, el dinero debió ser derrochado por Danton, el único hombre activo del ministerio, sea para las negociaciones diplomáticas que produjeron la retirada de los prusianos, sea para apoderarse de los hilos del complot del marqués de la Rouerie en Bretaña, y de los príncipes en Inglaterra y otros países. Es no menos evidente que era de todo punto imposible llevar una contabilidad exacta al Comité de vigilancia del Municipio, que equipaba y expedía apresurada y diariamente voluntarios a la frontera, y precisamente a ese punto débil dirigieron sus primeros golpes y sus insinuaciones los girondinos, exigiendo desde el 30 de septiembre la completa rendición de cuentas. El ejecutivo del Municipio, el Comité de vigilancia, presentó brillantemente sus cuentas y justificó sus actos políticos (1); pero en provincias quedó suspendida una duda de honradez sobre Danton y sobre el Municipio, y las cartas de los girondinos a sus amigos y comitentes sacaron todo el partido posible de esa duda.

Al mismo tiempo los girondinos trataron de dar a la Convención una guardia contrarrevolucionaria: querían que el directorio de cada departamento (sabido es que los directorios eran reaccionarios) enviase a París cuatro hombres de infantería y dos a caballo — en conjunto 4.470 hombres —, para guardar la Convención de los ataques posibles del pueblo de París y de su Municipio, y se necesitó una gran agitación de las secciones, que nombraron comisarios especiales para resistir ese voto, amenazando con una nueva insurrección para impedir la formación en París de esa guardia contrarrevolucionaria.

Las matanzas de septiembre fueron especialmente explotadas por los girondinos contra Danton, que coincidió aquellos días con

(1) De 713.885 libras recibidas sólo había gastado 85.529, de cuyo empleo dió brillante cuenta (Luis Blanc, II, 62). A la acusación de Terror, Giraut probó después que en cuatro meses el Comité sólo detuvo 230 personas. No fueron tan modestos los terroristas girondinos después de Termidor.

el Municipio y las secciones. Después de haber «levantado el velo» y casi justificado aquellas jornadas por boca de Roland (véase el capítulo I del presente volumen), como habían justificado antes las matanzas de la Glacière en Lyon por boca de Barbaroux (1), maniobraron tan bien en la Convención, que el 20 de enero de 1793



MATANZAS EN LYON POR ORDEN DE COLLOT D'HERBOIS

lograron la formación de un proceso contra los autores de las matanzas de septiembre, con la esperanza de hundir la reputación de Danton, de Robespierre, de Marat y del Municipio.

Poco a poco, aprovechando la corriente constitucionalista y realista que se acentuó en la burguesía después del 10 de agosto, los

(1) Después de largas luchas entre la población revolucionaria y la clerical de Lyon, y después del asesinato del patriota Lescuyer, a quien odiaban los clericales por haber puesto en venta los bienes del clero, se suscitó una rebelión de la población obrera revolucionaria, que terminó por el asesinato de sesenta realistas, cuyos cadáveres fueron arrojados a las profundidades de la Torre de la Glacière. Barbaroux, diputado girondino, justificó aquella matanza.

girondinos lograron crear en provincias un sentimiento hostil a París, a su Ayuntamiento y al partido montañés.

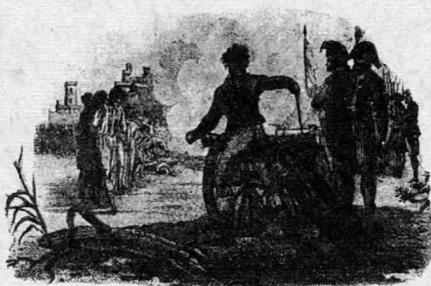
Varios departamentos llegaron a enviar destacamentos de federados para defender la Convención contra «los agitadores ávidos de tribunado y de dictadura», Danton, Marat y Robespierre, y contra la población parisiense. A excitación de Barbaroux, Marsella — esta vez la Marsella «comerciante» — envió a París, en octubre de 1792, un batallón de federados, formado de jóvenes ricos del comercio, que recorrieron las calles pidiendo las cabezas de Robespierre y de Marat; eran los precursores de la reacción termidoriana. Afortunadamente el pueblo de París desbarató el plan ganando aquellos federados para la causa de la Revolución.

Entretanto, los girondinos no dejaban de atacar directamente la representación federal de las secciones de París: a toda costa querían destruir el Municipio insurreccional del 10 de agosto, y lograron a fin de noviembre que se celebraran nuevas elecciones para el Consejo general de la municipalidad parisiense. Petion, el alcalde girondino, hizo dimisión al mismo tiempo. Sin embargo, una vez más las secciones inutilizaron esas maniobras, porque, no solamente obtuvieron mayoría los montañeses en las elecciones, sino que fué nombrado procurador del Ayuntamiento un revolucionario tan avanzado y popular como Chaumette, y substituto el redactor del *Pere Duchesne*, Hebert (2 de diciembre de 1792). Petion, que no respondía ya a los sentimientos revolucionarios del pueblo de París, no fué reelegido, y Chambon, un moderado, ocupó su lugar, pero por poco tiempo, sólo por dos meses, siendo reemplazado por Pache el 14 de febrero de 1793.

Así quedó constituido el Municipio revolucionario de Pache, de Chaumette y de Hebert, que rivalizó con la Convención, tuvo gran participación en la expulsión de los girondinos en mayo de 1793 y además impulsó ardientemente hacia adelante la revolución popular, igualitaria, antirreligiosa y a veces comunista del año II de la República.

La gran cuestión del momento era la guerra. Del éxito de las armas dependía evidentemente el desarrollo ulterior de la Revolución.

Ya hemos visto que los revolucionarios avanzados, como Marat y Robespierre, no habían querido la guerra; pero la corte atraía la invasión alemana para salvar el despotismo real; los curas y los nobles impulsaban a ella para recuperar sus antiguos privilegios, y los gobiernos de los países vecinos veían en ella el medio de combatir el espíritu revolucionario que se despertaba en sus dominios, a la vez que hallaban ocasión de arrancar a Francia provincias y colonias. Además, los girondinos deseaban la guerra, porque en ella veían el único medio de limitar la autoridad del rey sin apelar a la insurrección popular. «Vosotros queréis la guerra porque no queréis atender ni recurrir al pueblo», les decía con razón Marat.



EJECUCIONES EN LYON

En cuanto al pueblo, los campesinos de los departamentos fronterizos, al ver los ejércitos alemanes reunirse sobre el Rhin y en los Países Bajos, atraídos por los emigrados, comprendían que era para ellos cuestión de defender a mano armada sus derechos sobre las tierras que habían recuperado de la usurpación de los nobles y del clero.

Esa fué la causa de que cuando se declaró la guerra a Austria, el 20 de abril de 1792, se apoderó un entusiasmo formidable de las poblaciones de los departamentos de la frontera del Este, donde se hicieron de golpe las levadas de voluntarios por un año al canto del *Ça ira*, y los donativos patrióticos afluían de todas partes; no sucediendo lo mismo en las regiones del Oeste y del Sudoeste, cuyas poblaciones no querían la guerra.

Por el momento no había preparación alguna para la guerra. Las fuerzas de Francia, que a la sazón no excedían de 130.000 hombres, escalonados desde el mar del Norte hasta Suiza, mal equipados y mandados por oficiales y jefes realistas, no podían resistir la invasión.

Dumouriez y Lafayette concibieron el atrevido plan de invadir rápidamente Bélgica, que había intentado ya en 1790 desprenderse de Austria, pero fué reducida por las armas, y los liberales belgas llamaban a los franceses; pero fracasó el propósito, y los generales franceses quedaron a la defensiva, mucho más, considerando que Prusia se había unido a Austria y a los príncipes de Alemania para invadir a Francia, siendo esta coalición eficazmente sostenida por la corte de Turín y apoyada secretamente por las de San Petersburgo y Londres.

El 26 de julio de 1792, el duque de Brunswick, al mando de un ejército de invasión compuesto de 70.000 prusianos y de 68.000 austriacos, hesseses y emigrados se puso en marcha en Coblentza, lanzando un manifiesto que causó la mayor indignación en Francia: amenazaba con el incendio a las ciudades que osaran defenderse, y con el exterminio, como rebeldes, a sus habitantes; París, si se atreviera a violentar el palacio de Luis XVI, sería sometido a una ejecución militar ejemplar para siempre memorable.

Tres ejércitos alemanes habían de entrar en Francia y marchar sobre París, y el 19 de agosto el ejército prusiano franqueó la frontera, apoderándose sin combate de Longwy y de Verdun.

Ya hemos visto el entusiasmo que el Municipio supo suscitar en París al recibir esas noticias, y cómo respondió la ciudad fundiendo los ataúdes de plomo de los ricos para hacer balas, y las campanas y los objetos de bronce de las iglesias para hacer cañones, mientras los templos se convertían en grandes talleres donde miles de personas cosían el equipo de los voluntarios cantando el *Ça ira* y el himno sugestivo de Rouget de l'Isle.

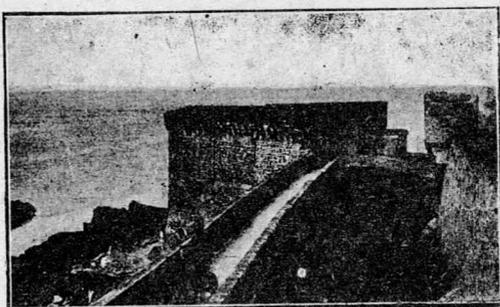
Los emigrados habían hecho creer a los reyes coaligados que hallarían a Francia dispuesta a recibirles con los brazos abiertos; pero la actitud francamente hostil de los campesinos y las jornadas de septiembre en París hicieron reflexionar a los invasores. Por su parte los habitantes de las ciudades y los campesinos de los departamentos del Este comprendieron que el enemigo había venido para despojarles de todas sus conquistas revolucionarias, y precisamente en la

región del Este, como hemos visto, era donde la insurrección de campos y ciudades había logrado mejor el aniquilamiento del feudalismo.

Pero no bastaba el entusiasmo para el triunfo. El ejército prusiano avanzaba, y, junto con el ejército austriaco, entraba en el bosque de Argonne, que se extiende en una longitud de once leguas, separando el valle del Mosela de la Champaña.

El ejército de Dumouriez intentó en vano, por marchas forzadas, detener allí la invasión,

logrando llegar a tiempo para ocupar una posición ventajosa en Valmy, a la salida del gran bosque, y allí sufrieron los prusianos el 20 de septiembre su primer descalabro al tratar de apoderarse de las colinas ocupadas por



EL CASTILLO BIDOUANE — ST. MALO

los soldados de Dumouriez. En aquellas condiciones, la batalla de Valmy fué una victoria importante — la primera victoria de los pueblos sobre los reyes — y como tal fué saludada por Goethe, que acompañaba el ejército del duque de Brunswick.

El ejército prusiano, detenido primeramente bajo lluvias torrenciales en el bosque del Argonne, y falto de todo en las llanuras áridas que se extienden al frente, fué presa de la disentería, que causó en él terribles estragos. Los caminos estaban pantanosos y los campesinos al acecho; todo presagiaba una campaña desastrosa.

Entonces negoció Danton con el duque de Brunswick la retirada de los prusianos; no se sabe bajo qué condiciones: probablemente, como se ha dicho, por la promesa de hacer todo lo posible por salvar la vida de Luis XVI; pero si se hizo esa promesa, sería condicional, y no sabemos qué compromisos contrajeron en cambio los invasores además de la retirada de los invasores: ¿acaso la retirada simultánea de los austriacos? ¿La renuncia formal de Luis XVI al trono de Fran-

cia? De todo se ha hablado; pero sólo pueden hacerse conjeturas sobre este asunto.

La verdad es que el 1.º de octubre el duque de Brunswick comenzó su retirada por Grand-Pré y Verdun, y al final del mes repasaba el Rhin en Coblentza, acompañado con las maldiciones de los emigrados.

Dumouriez, después de haber dado a Westermann la orden de «reconducir amablemente» a los prusianos, sin apresurarles, volvió el 11 de octubre a París, sin duda para tantear el terreno y determinar su línea de conducta, arreglándose de manera para quedar libre y no prestar juramento a la República, lo que no le impidió ser bien recibido en los jacobinos, y desde entonces comenzó sin duda a preparar la candidatura del duque de Chartres al trono de Francia.

La insurrección, que había preparado en Bretaña el marqués de la Rouerie, para estallar al mismo tiempo que los alemanes marcharan sobre París, quedó también paralizada; fué denunciada a Danton, quien logró apoderarse de todos los hilos, tanto en Bretaña como en Londres; pero Londres quedó siendo el centro de las conspiraciones de los príncipes, y la isla de Jersey el de los armamentos realistas destinados a practicar un desembarco que se intentaba sobre las costas de Bretaña, a fin de apoderarse de Saint-Malo y devolver a los ingleses aquel puerto militar y mercante de tan gran importancia.

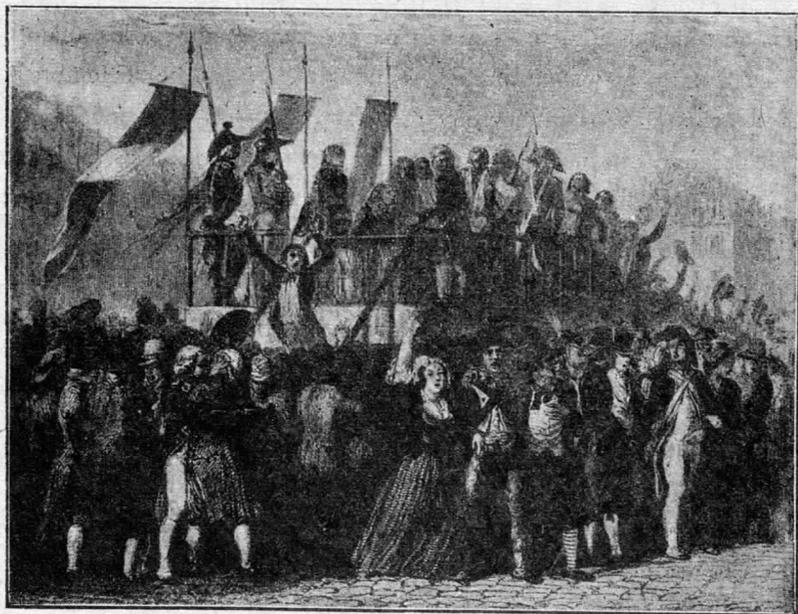
Al mismo tiempo, el ejército del Sud, mandado por Montesquieu, entraba en Saboya, el mismo día de la apertura de la Convención, y, apoderándose cuatro días después de Chambery, introducía en aquella provincia la revolución campesina.

Al finalizar aquel mismo mes de septiembre, uno de los ejércitos de la República, mandado por Lauzun y Custine, pasaba el Rhin y tomaba Spire por asalto (30 septiembre). Worms se rindió cuatro días después, y el 23 de octubre, Maguncia y Francfort-sur-le-Mein fueron ocupadas por los ejércitos de los descamisados.

También en el norte se alcanzó una serie de triunfos. Hacia el fin de octubre entró en Bélgica el ejército de Dumouriez, y el 6 de

noviembre obtuvo una gran victoria sobre los austriacos en Jemmapes, en las inmediaciones de Mons, victoria que, sacrificando dos batallones de voluntarios parisienses, Dumouriez arregló para beneficiar al hijo del duque de Chartres.

Por aquel triunfo quedaba abierta Bélgica a la invasión francesa. Mons fué ocupado el día 8, y el 14 entró Dumouriez en Bruselas,



ALISTAMIENTO DE VOLUNTARIOS

siendo recibidos por el pueblo los soldados de la República con los brazos abiertos.

Como resultado, el pueblo belga esperaba la iniciativa de una serie de medidas revolucionarias referentes a la propiedad territorial. Tal era también la opinión de los montañeses, al menos la de Cambon, quien había organizado la inmensa operación de la venta de los bienes del clero como garantía de los asignados, y que organizaba en aquel momento la venta de los bienes de los emigrados, viendo con satisfacción la oportunidad de establecer el mismo sistema en Bélgica. Pero, sea que los montañeses careciesen de audacia, atacados como

estaban por los girondinos por su falta de respeto a las propiedades; sea que las ideas de la Revolución no hubieran hallado el apoyo necesario en Bélgica, donde sólo tenían en pro los proletarios, y donde la burguesía rica y el gran poder del clero les oponían gran resistencia, el resultado fué que la Revolución, que hubiera podido solidarizar belgas y franceses, no llegó a realizarse

Con todas esas victorias había motivo para exaltar a los amantes de la guerra, y los girondinos triunfaban. El 15 de diciembre la Convención lanzó un decreto desafiando a todas las monarquías y declarando que no celebraría la paz con ninguna de las potencias hasta que sus ejércitos fueran rechazados del territorio de la República. Sin embargo, la situación se presentaba en el interior bajo un aspecto muy sombrío, y en el exterior, las mismas victorias de la República no hacían más que producir la unión entre todas las monarquías.

La invasión de Bélgica determinó la actitud de Inglaterra.

El despertar de las ideas republicanas y comunistas entre los ingleses, que se tradujo por la fundación de sociedades republicanas y que halló en 1793 su expresión literaria en la notable obra comunista-libertaria de Godwin *De la justicia política*, inspiró a los republicanos franceses, sobre todo a Danton, la esperanza de encontrar apoyo en un movimiento revolucionario inglés (1); pero los intereses industriales y mercantiles predominaron en las Islas Británicas. Cuando la Francia republicana se acantonó en el valle del Escalda y del Rhin, amenazando apoderarse también de Holanda, fué decidida la política de Inglaterra.

Despojar a Francia de sus colonias, destruir su potencia marítima y detener su desarrollo industrial y su expansión colonial, tal fué la política que alcanzó gran número de partidarios en Inglaterra. El partido de Fox fué aniquilado, y el de Pitt quedó triunfante. En lo

(1) No se conoce aún el tenor de las indicaciones de Brissot en Inglaterra en enero de 1793, antes de la ejecución del rey. Sobre las de Danton, véase Georges Avenel, *Lundis révolutionnaires*, 1875, págs. 248 y siguientes, y Albert Sorel, *L'Europe et la Révolution française*.

sucesivo, Inglaterra, fuerte por su flota y más aún por el dinero con que subvencionaba las potencias continentales, incluso Rusia, Prusia y Austria, se colocó a la cabeza de la coalición europea, y así permaneció durante un cuarto de siglo, proclamando la guerra hasta el agotamiento completo de los dos rivales que se partían los mares.

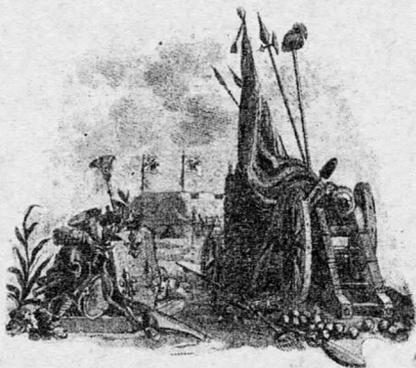
Esas guerras condujeron forzosamente a Francia a la dictadura militar.

Por último, si el pueblo de París, amenazado por la invasión,

sintió un sublime impulso y corrió a unirse a los voluntarios de los departamentos de la Francia oriental, la guerra dió el primer impulso al levantamiento de la Vendée, y suministró a los curas la ocasión de explotar la repugnancia de aquellas poblaciones a abandonar sus campos para ir a combatir a la frontera, ayudando a despertar el fanatismo de los vendeanos y a levantarlos en el momento en que los alemanes entraban en Francia. Después se vió cuánto mal causó aquel levantamiento a la Revolución.

¡Pero si sólo hubiera sido la Vendée! La guerra creó en toda Francia una situación tan espantosa para la gran masa de los pobres,

que es incomprendible cómo pudo la República atravesar tan formidable crisis. La cosecha de 1792 fué buena para el trigo a causa de las lluvias. Estaba prohibida la exportación de cereales, y a pesar de ello se padecía hambre. En las ciudades no se había visto hacía mucho tiempo un hambre tan terrible y persistente: largas filas de hombres y mujeres sitiaban las tahonas y carnicerías, pasando noches enteras bajo la nieve y la



ALEGORÍA GUERRERO-REPUBLICANA



EN JEMMAPES

terrible y persistente: largas filas de hombres y mujeres sitiaban las tahonas y carnicerías, pasando noches enteras bajo la nieve y la

lluvia sin tener siquiera la seguridad de llevarse a la mañana un trozo de pan pagado a un precio exorbitante; y esto cuando la generalidad de la industria estaba paralizada y no había trabajo.

No se sustraen impunemente, a una nación de veinticinco millones de habitantes, cerca de un millón de hombres en la flor de la edad, quizá y medio millón de animales de tiro para las necesidades de la guerra: forzosamente ha de resentirse de tal tropelía la producción agrícola. No se entregan las subsistencias de una nación al derroche inevitable de las guerras, sin que la penuria de los pobres se acreciente mientras una pandilla de explotadores se enriquece a expensas del tesoro público (1).

Todas esas cuestiones vitales se discutían apasionadamente en el seno de cada sociedad popular de las provincias y de cada sección de las grandes ciudades para remortarse de allí a la Convención. Sobre todas ellas dominaba la cuestión central, a la que todas se referían: «¿Qué hacer del rey?»

(1) Algunos intendentes de los ejércitos de la República practicaban robos escandalosos. Los había que reunían fortunas en pocos meses. Imagínese a qué especulaciones se entregarían, considerando que los intendentes hacían compras inmensas de trigo en los departamentos donde había sido mala la cosecha y los precios eran muy elevados. Las especulaciones a la alza de los precios del trigo, que Septeuil había hecho por cuenta de Luis XVI (porque «el buen rey» no descuidaba ese medio de llenar su caja), se hacían a la sazón por burgueses.

